

nuestra esperanza y nuestro amor. ¿Qué hacen los discípulos? Tiemblan, se ocultan.... Con su inclinación á la incredulidad muestran la necesidad de la gracia para creer; más tarde nos harán entender de qué magnanimidad nos puede hacer capaces la fe. ¿Qué hacen los enemigos del Salvador? Cierran los ojos; y así dan á la verdad de la Resurrección mayor certeza, precisamente cuando se esfuerzan en destruirla.

MEDITACIÓN LII

Gloria de Jesucristo en su Resurrección

Cuerpo, Alma, Divinidad: todo en la Persona del Salvador había sido anonadado por las ignominias y pádecimientos de su Pasión; todo ha sido reparado, glorificado en su Resurrección.

- I. Gloria de su Alma.
- II. Gloria de su Cuerpo.
- III. Gloria de su Divinidad.

PUNTO I

El Alma de Jesucristo glorificada en su Resurrección

Hemos contemplado á aquella Alma santa, en el huerto de las Olivas y en la Cruz, anegada en un mar de tristeza y desolación. Ahora, ¡hé aquí que sale victoriosa de los infiernos! Cuando pidió que le fuera alejado el amargo cáliz, necesitó ser sostenida y fortificada por un ángel; ¡Oh! ¡Cuán poderosa es hoy para esparcir en torno suyo el consuelo y la dicha! ¡De cuánta alegría no inunda el corazón de los justos que tan ardientemente suspiraban en el Limbo por el día en que les abriría el Cielo! El alma de Cristo viene á anunciarles que aquel día está muy cerca y que la Redención está ya consuma-

da. Muchos de aquellos la acompañan y forman su séquito; cuando Ella va á reunirse con su Cuerpo. Mediante su propia Resurrección, esos justos serán los primeros testigos de la Resurrección del Salvador. Aquella les muestra el sagrado Cuerpo pálido, herido, y colocado dentro del sepulcro.... ¡Cuáles no serían su tierna compasión, su reconocimiento, su amor, al considerar aquellas profundas é innumerables heridas, que les dan á conocer todo lo que el Hijo de Dios ha sufrido para rescatarlos! Ante esta consideración, parece oírse decir lo que un piadoso doctor dirá más tarde: «Oh Dios mío, tienes tanto amor hacia nosotros que parece que tienes odio hacia Ti.»

Pero ya la bienaventurada Alma se ha reunido á su Cuerpo. ¡Cómo se regocija en poder recompensarle de todos los sacrificios que de El ha obtenido; en procurarle más esplendores y delicias que tormentos y oprobios le ha ocasionado! Dios no abate, sino para elevar. Acepta pues, alma mía, todas las humillaciones que tenga á bien enviarte durante tu destierro sobre la tierra; consiente en ser sepultada en las tinieblas, despreciada, reducida á la nada; vendrá el día de tu gloria.

PUNTO II

El Cuerpo de Jesucristo glorificado en su Resurrección

Este Cuerpo adorable había sido desgarrado por causa de nuestros crímenes: *Attritus est propter sceleram nostram*. ¿Quién reconocerá bajo las horribles heridas que lo desfiguran, al más hermoso entre los hijos de los hombres?—Pero en la Resurrección queda enteramente transformado. No sólo se ha hecho inmortal é impasible, sino que goza en grado sumo de las perfecciones de los Cuerpos gloriosos. Sus llagas son como fuentes de luz y comunican á Jesucristo un resplandor inefable que supera al de todos los santos como El glorificados. Figuraos, si

podéis, el gozo de los ángeles que, habiendo adorado á su Rey cuando entraba en este mundo, vuelven á adorarle ahora vencedor de la muerte. ¡Oh ángeles de Dios! ¿por qué no entonáis también ahora aquel canto celestial que habéis hecho resonar alrededor de su cuna, *Gloria in excelsis Deo?*—¿Por qué los patriarcas, los profetas, los justos todos, no se levantan para cantar las palabras reveladas por San Juan: «El Cordero que ha sido entregado á la muerte es digno de recibir el poder, la Divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria, y todas suertes de bendiciones?» (1)

El Hijo de Dios, anunciando El mismo, por medio del Real Profeta, su triunfo, había expresado su vivo agradecimiento al Eterno Padre que iba á coronarle de gloria: «Señor, me habéis sacado de la tumba, me habéis apartado de los que bajaron al sepulcro..... por la noche estaba sepultado en el llanto, y al despuntar el alba me inundaba la alegría; habéis cambiado repentinamente los gemidos de mi dolor en cantos de victoria....; habéis desgarrado el sayo que me cubría y me habéis revestido de gozo para que mi gloria entone á Vos un cántico de alabanza» (2).

¡Cuán bueno es Dios! ¡Con qué generosidad recompensa todo lo que se hace y se sufre por El! La muerte y Resurrección de Jesucristo, dice San Agustín, nos enseña lo que debemos padecer ahora por la verdad; y lo que debemos esperar de ella en la eternidad (3). Se llora durante la noche de esta vida:

(1) *Dignus est agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem et gloriam, et benedictionem* (Apoc., V, 12).

(2) *Domine, eduxisti ab inferno animam meam; salvasti me a descendentibus in lacum..... Ad vespertinum demorabitur fletus, et ad matutinum lætitia..... Convertisti planctum meum in gaudium mihi; conscidisti saccum meum et circumdedisti me lætitia, ut cantet tibi gloria mea.* (Ps. XXIX.)

(3) *Passione ostendens quid pro veritate tolerare, resurrectione quid in aternitate sperare debeamus.* (Lib. VIII, c. XLIX.)

ad vespertinum demorabitur fletus; pero por la mañana, al despuntar de los primeros rayos de aquel día eterno, el júbilo sustituye la tristeza: *ad matutinum lætitia.* Y este gozo ya no será interrumpido por la aflicción; será un gozo lleno y abundante que se nos dará en cambio de algunas ligeras penas presentes; una alegría pura y sin mezcla de tristeza que se nos concederá á trueque de las pocas lágrimas derramadas en este mundo; lágrimas que después de todo siempre van dulcificadas por la esperanza. Es aquí donde debemos aprender el verdadero amor hacia nosotros mismos. ¡De cuánta gloria, de cuántas delicias privo yo á mi cuerpo cuando rehuso hacerle llevar la cruz de la mortificación de Jesucristo!

PUNTO III

La Divinidad del Salvador glorificada en su Resurrección

La Divinidad de Jesucristo había sido como eclipsada durante la pasión: pero después de ella es como el sol que sale de entre las nubes y despliega toda la pompa de sus rayos. Bien es verdad que ya antes de su pasión alguno que otro destello de gloria que brilló en medio de sus oprobios había venido á manifestar que Jesucristo era algo más que un hombre: pero por otra parte, ¿quién hubiera reconocido á Dios en aquel pobre condenado, azotado como un esclavo, muriendo en el patíbulo entre dos ladrones? Su grandeza soberana empieza á mostrarse ahora: porque El salió milagrosamente del sepulcro por su propia virtud, proclamando así su imperio absoluto sobre la vida y la muerte. Abandona el sepulcro sin mover la piedra que cierra la entrada, de la misma manera que había salido del seno de su Madre sin romper el sello de su virginidad. Sale, como salió José de la prisión, para mandar á un pueblo entero, y para hacer participar de su gloria á sus hermanos: sale, como Moisés, de las aguas del Nilo para ser el salvador de su nación; como Daniel, de

la cueva de los leones, para ser ensalzado sobre los envidiosos que habían tramado su pérdida.

El sale de la tumba vencedor del infierno y del pecado; y después de romper las cadenas de la muerte, como se expresa San León, cambia en fuerza su debilidad; la mortalidad en eternidad, sus oprobios en gloria y honor (1). ¡Oh Sacerdotes! Salid también vosotros de la tumba de vuestras imperfecciones. Haced de modo que se pueda decir de cada uno de vosotros: «ha resucitado: ya no está aquí» (2). Ya no está sumido en aquella tibieza, en aquella negligencia culpable que le acompañaba hasta en el Santo Sacrificio: ya no está sepultado en el olvido de Dios y de sí mismo; con aquella distracción de espíritu, con aquellas ligerezas y volubilidad de carácter; con aquellas inclinaciones pecaminosas que retardaron por tanto tiempo su resurrección, sus progresos en la virtud, y turbaban el reposo de su alma. ¡Qué cambio tan feliz se obró en Él!

Id al altar á recibir á Aquel que es la Resurrección y la vida: *Ego sum resurrectio et vita*. Y cuando veáis en el santuario de vuestro corazón á este Cuerpo glorioso, más brillante que el sol, adoradle, dadle gracias, pedidle favores; pero todo eso acompañado de aquella alegría que nace de la confianza y del amor. La secuencia *Victimæ paschalæ* es una piadosa y sencilla expresión de los sentimientos que el misterio de la Encarnación inspira á la Iglesia y debe inspirar á sus hijos. Sería útil recitarla según el tercer método de oración aconsejado por San Ignacio (3).

(1) *Ruptis vinculis mortis, infirmitas in virtutem, mortalitas in eternitatem, et contumelia transivit in honorem.* (Serm. II de Ascens. Domin.)

(2) *Surrexit, non est hic.*

(3) T. I., p. 415.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El alma de Jesucristo glorificada en su Resurrección.*—Ella sale del Limbo gloriosa y triunfante, después de haber anunciado á los justos allá reunidos que la Redención está cumplida.—Ella vuelve á entrar en el Cuerpo divino y lo transforma. ¡Qué resplandor le comunica! ¡Con cuántas delicias ella recompensa sus dolores! Acepta, alma mía, todas las humillaciones que te envía Dios: llegará también para tí el día de la gloria.

PUNTO SEGUNDO.—*El Cuerpo de Jesucristo glorificado en su Resurrección.*—Las llagas son fuentes de luz. Su belleza sobrepaja infinitamente la belleza de los cuerpos de los demás escogidos. Consolémonos en nuestras penas. Lloramos ahora durante la noche de la vida; pero al despuntar los primeros rayos de la feliz eternidad, ¡qué alegría sucederá á la tristeza!

PUNTO TERCERO.—*La Divinidad de Jesucristo glorificada en su Resurrección.*—Es como el sol que sale más brillante de las nubes: Ella había sido como eclipsada durante la Pasión. Es José que pasa de una oscura cárcel á la primera dignidad de Egipto: es Moisés salvado de las aguas para ser el salvador de su pueblo.... Salgamos también nosotros de la tumba de nuestras imperfecciones, y caminemos por la santa novedad de una vida verdaderamente sacerdotal.

MEDITACIÓN LIII

Magdalena ante el sepulcro del Señor

- I. Busca.
- II. Encuentra.
- III. Anuncia á Jesucristo.

PUNTO I

Magdalena busca á Jesús, con todo el afán, prontitud anhelo y constancia del verdadero amor

1.º Diligencia del amor. Después de una noche cuyas horas le han sido interminables, de madrugada,

valde diluculo, despierta á sus compañeras y emprende la marcha. Está impaciente para ir á venerar los despojos mortales de Aquel, cuya pérdida la hace inconsolable. Su andar es rápido, y sin embargo, ¿qué espera encontrar en el sepulcro? El Cuerpo del Maestro, y en tal estado que renovará todos sus dolores; ¡Oh alma mía....! ¿No debieras tú correr con más ardor al Sagrado Banquete donde se da ese mismo Cuerpo divino y glorificado?

2.º Solicitud, anhelo del amor: *Maria autem stabat ad monumentum foris, plorans. Dum ergo flevit, inclinavit se, et prospexit in monumentum* (1).

Los discípulos se retiran, las santas mujeres siguen su ejemplo, sólo Magdalena no se aleja. *Maria stabat*. Había mirado varias veces al sepulcro; mira de nuevo: *Amanti semel aspexisse non sufficit, quia vis amoris intentionem multiplicat inquisitionis* (2). El amor sólo goza cuando encuentra lo que ama (3). *Et vidit duos angelos in albis sedentes.... Dicunt ei illi: Mulier, quid ploras? Dicit eis: Quia tulerunt Dominum meum, et nescio ubi posuerunt eum*. Ve á dos ángeles sin asustarse ni asombrarse por su improvista aparición; ni se fija en sus vestiduras resplandecientes. Los oye, les responde sin olvidar el objeto de sus angustias. Les habla tan sólo para averiguar dónde se halla Jesús, dispuesta á dejar á los ángeles para dirigirse á un hortelano en la esperanza de que éste pueda darle alguna noticia de Jesús. Indiferente para todo sólo desea encontrar á Jesús. Este deseo la pone tan fuera de sí que apenas sabe lo que dice: llama señor al que tiene todas las apariencias de un hombre del pueblo. «Si sois vos el que lo habéis ocultado, decidme en dónde lo habéis puesto.» ¿De

(1) Joan., XX, 11.

(2) S Greg. (Homil. XXV in Evang.)

(3) *Quia præ cæteris dilexit, et diligendo flevit, et flendo quesivit, et querendo perseveravit, ideo prima omnium te videre, te alloqui meruit. Et non solum hæc, sed etiam ipsis discipulis gloriose resurrectionis tue prænuntia extitit, te præcipiente et clementer monente: Vade, dic fratribus meis, etc.* (San Ansel. Orat. XVI.)

quién habla? Le parece que todo el mundo debe saberlo. Hé aquí al alma dominada por el afecto.

3.º Fuerza y constancia del amor. Nada altera su ánimo. ¿Por qué sigue en ese sitio tan triste para ella, después que ha llegado á conocer que el Cuerpo de su Maestro ya no está allí? ¿Cómo se atreve á decir que si lo encuentra ella se lo llevará? ¿Cómo podría ella hacer tal cosa? ¿Y si llegara á realizarlo á qué peligros no se expondría? El amor no reflexiona. *Plus affectat quam valet; de impossibilitate non causatur, quia cuncta sibi posse et licere arbitratur*. (1) ¿Os amo yo ¡oh Dios mío! con tanto anhelo? ¿Os busco yo con tanto afán?

PUNTO II

Magdalena encuentra á Jesús

Con frecuencia Jesús está cerca de nosotros, y lo creemos lejos. Es El mismo que acaba de hablar á su sierva preguntándole la causa de sus lágrimas: *Dicit ei Jesus: Mulier, quid ploras?* El conocía muy bien el motivo de sus lágrimas; y le era muy agradable. Nuestras penas le agradan cuando proceden de nuestro amor para con El. Si á veces nos deja en la desolación, ocultándose á nuestra vista es tan sólo para aumentar nuestro mérito y hacer nuestro gozo más dulce cuando nos haga comprender y sentir su presencia.

El amor había hecho olvidar á Magdalena su debilidad y despreciar los peligros; su esperanza fué grande y no será confundida. Jesús la recompensa abriéndole los ojos y manifestándose á ella antes que á ninguno de sus discípulos: *Dicit ei Jesus: Maria! Conversa illa dicit ei: Rabboni!* Todo se compendia en estas dos palabras de Jesús y Magdalena; pero ¡cuántos encantos en ellas se encierran! ¡Cuántas gracias, cuánta luz acompaña á la primera! ¡Qué amoroso

(1) Imit., l. III, c, V.

enajenamiento demuestra la segunda! ¡*María!* ¡con esta sola palabra Jesús se da á conocer! ¡*Maestro!* ¡también ésta basta para demostrar á Jesús que ella lo ha reconocido! ¡Cuánto afecto, cuánta ternura en el Corazón de Jesús, cuando pronuncia esta palabra: *María!* ¡Qué delicioso éxtasis, qué vivo agradecimiento en Magdalena cuando dice: *Rabboni!* Estaba sumida en tal abismo de tristeza que paralizaba todas las potencias de su alma; de pronto la voz de su Maestro disipa todas las nubes y llena su corazón de celestiales consuelos. ¡Oh Jesús mío! haced que yo oiga esa divina palabra de vuestro corazón, que estremece tan dulcemente al alma, la ilumina y la consuela tan eficazmente. Yo deseo hacerme digno de esta felicidad, cerrando los oídos á todo bullicio terrenal para no escucharos sino á Vos, buscándoos como Magdalena y sólo pensando en Vos. (1).

PUNTO III

Magdalena anuncia á los Apóstoles la Resurrección de Jesús

El Maestro le había dicho: «No me toques.... Aguarda aun antes de darme muestras sensibles de tu veneración; pues todavía no ha llegado el momento en que Yo deje la tierra para subir al Cielo; ya tendrás ocasión de volver á verme. Por lo demás; ve á encontrar á mis discípulos; no quiero que estén por más tiempo tristes y desconsolados. Apresúrate á llevarles la nueva de mi Resurrección.» ¡Qué conmovedora solicitud! ¿Y por quién? ¿Quiénes son

(1) *Quam magna multitudo dulcedinis tue, Domine, quam abscondisti timentibus te! Abscondis thesaurum, ut augeas desiderium. Differs dare, ut doceas petere: dissimulas audire, ut facias perseverantem. Querentibus salutem promittis, quam non nisi perseverantibus tribuis: quod indicat mulier illa flebilis, que te in sepulcro querebat durantibus adhuc tenebris. Accendebas illam ut quæreret; sed tardabas apparere querenti, ut perseveraret; et quia perseveravit, videre te meruit. O beata visio! O summum gaudium! O beata spes! O felix perseverantia!* (S. Ansel.)

estos á los que Jesús se apresura á consolar y á quienes llama hermanos? ¿Qué han hecho para merecer tanto afecto?

Magdalena corrió á dar la nueva á los discípulos diciéndoles que había visto al Señor, refiriéndoles exactamente sus palabras (1). ¡Con cuánta admiración les habló de su glorioso estado...! ¡Cuánto afán en ella y sus compañeros para demostrarles la verdad de ese hecho que debiera causarles tanta alegría! Mas todo fué inútil. «Esas mujeres están delirando.» He aquí la respuesta que dieron á la consoladora noticia. Habían creído á Magdalena cuando se limitaba á relatar una simple sospecha acerca de un suceso, sugerido sin duda por su fantasía; (2) mas rehusan creerla cuando les anuncia lo que ha visto y oído. ¡Oh dureza del corazón humano en lo concerniente á su salvación! Una novela nos impresiona; y las verdades de la fe que Dios mismo nos revela apenas si vencen la obstinación de nuestro espíritu!... Humillémonos á fin de que el Señor mire nuestras miserias con suave caridad. A ejemplo de *María Magdalena*, no temamos dejar á Jesús para socorrer á nuestros hermanos: sirviendo á ellos es á Jesús mismo á quien servimos; y El premiará luego nuestro celo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Magdalena busca á Jesús.*—1.º Prontitud del amor. Sale muy de mañana.... marcha con rapidez, y sin embargo ¿qué espera encontrar? ¡Oh alma mía! Tú deberías correr con más prontitud á la Sagrada Mesa. 2.º Solicitud de su amor. Los discípulos se retiran; sólo ella permanece. Había mirado repetidas veces en el sepulcro... vuelve á mirar. Sin

(1) *Venit Maria Magdalena annuntians discipulis: Quid vidi Dominum et hæc dixit mihi.* (Joan., XX, 18.)

(2) *Tulerunt Dominum de monumento, et nescimus ubi posuerunt eum.* (Joan., XX, 2.)

fiarse en los ángeles que le hablan, sólo los oye para saber dónde está Jesús. Su preocupación se manifiesta en sus palabras: llamó señor al que en apariencia no era más que un hortelano. «Si sois Vos el que lo habéis quitado decidme donde lo habéis puesto.» Creía que todo el mundo sabía de quién hablaba. 3.º Fuerza de su amor. Nada altera su ánimo. El amor no conoce límites. ¿Es así ¡oh Dios mío! como yo os busco? ¿Es así como yo os amo?

PUNTO SEGUNDO.—*Magdalena encuentra á Jesús.*—Su esperanza ha sido firme y no quedará frustrada. ¡María! ¡Maestro! Todo se compendia en estas dos palabras. María: esto es bastante: Jesús ha sido reconocido!—¡Maestro! no hace falta más: ya María le ha reconocido! Jesús mío, haced que yo oiga esa palabra de vuestro corazón que causa en el alma tan santos estremecimientos.

PUNTO TERCERO.—*Magdalena anuncia á Jesús.*—Obedeciendo á su mandato va en busca de los discípulos. ¡Con qué fuego les habla de lo que ha visto y oído! ¡Qué afán para demostrarles la verdad de su narración! ¡Todo es inútil! ¡Crean que les refiere un sueño! A ejemplo de María, no temamos dejar á Jesús para correr á salvar á nuestros hermanos. No nos arredren las contradicciones de cualquier parte que vengan.

MEDITACIÓN LIV

Jesús aparece á dos discípulos en el camino de Emaús

- I. Se reúne con ellos.
- II. Se entretiene con ellos.
- III. Se separa de ellos.

PUNTO I

Jesús se reúne con los dos discípulos de Emaús

Todo respira bondad, celo, condescendencia, humildad en la conducta del Salvador para con sus dos discípulos, á quienes se presenta y de los que

se quiere servir para preparar á los demás apóstoles á recibir el mismo beneficio (1).

Llenos de tristeza salen de Jerusalén el mismo día de la Resurrección, y se dirigen al campo para distraerse: *Convertuntur ad sensualia, qui expectare debent divina* (2). Ovejas imprudentes que se separan del aprisco. ¿No es esto correr hacia el peligro? Ya su fe estaba muy quebrantada; habían rehusado creer al testimonio de las santas mujeres y de los apóstoles, que habiendo visitado el sepulcro y encontrándolo vacío, afirmaban que el Salvador había resucitado. Así es que ya tan sólo daban á Jesucristo el nombre de profeta: *Qui fuit vir propheta*. Ya no tenían esperanza: *Sperabamus*. Afortunadamente conservaban algún amor hacia su divino Maestro y por el camino iban hablando de El: *Ipsi loquebantur ad invicem de his omnibus quæ acciderant...*, de Jesu Nazareno. ¡Oh, cuán dulce y cuán útil es hablar de Dios y de las cosas divinas, ya sea dentro de nosotros mismos, ya con el prójimo! Cuando estamos llenos de dudas y de penas espirituales, si entonces hablamos con Dios, El pronto viene á consolarnos, á fortificar nuestros corazones y abrasarlos en su amor (3).

Observad con qué prontitud, humildad y dulzura corre Jesús á socorrer á los que se han mostrado tan infieles en la prueba; no quiere dejarlos en una aflicción que, después de todo, no es más que consecuencia de su incredulidad. Y eso, que estos dos hombres no eran apóstoles; eran sólo discípulos, *inferioris gradus*, como dice San Buenaventura. Se les acerca, les habla familiarmente como si fueran compañeros suyos. El no se retrae porque sean pocos: les descubre sus misterios como si estuviera delante de una gran multitud. Así lo había hecho ya en el brocal

(1) Luc., XXIV, 13.

(2) Avancin.

(3) *Si enim gravati aliqua perplexitate vel acedia de ipso loquimur, statim adest confortans, et illuminans corda nostra, et etiam inflammans amore sui.* (S. Bonav., Med. c. XCII.)